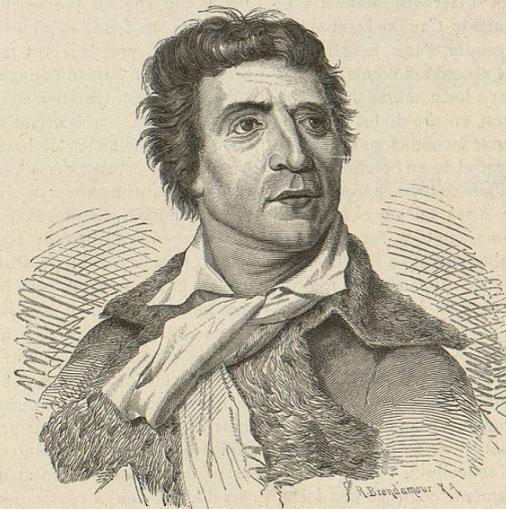


de extralimitaciones, de supresion de los derechos de la libertad y del hombre. Con la fecha del 10 de agosto comenzó de hecho «el reinado del Terror.»

El partido de los jacobinos, y Robespierre el primero (1), habia reclamado como el mas santo de todos los derechos de los franceses el de peticion, combatiendo toda limitacion de este derecho, por indispensable que fuera. Pues bien, el primer acto de la *Commune* fué su anulacion para todos los que no juraran su bandera y un acuerdo de 11 de agosto (2) declaró proscritos á los muchos millares de franceses que habian firmado peticiones «anti cívicas,» como por ejemplo contra el 20 de junio: todos ellos eran denunciados á la venganza popular, perdiendo todos sus derechos como elec-

tores y siendo declarados incapacitados para el desempeño de todo cargo.

En el artículo 11 de la declaracion de 26 de agosto de 1789 se habia dicho: «La libre manifestacion del pensamiento y de las opiniones es uno de los mas preciosos derechos del hombre: en su consecuencia, todos los ciudadanos pueden hablar, escribir é imprimir libremente sus ideas, bajo la responsabilidad que pueda corresponderles por abuso de esta libertad en los casos previstos por la ley.» Ahora bien, la supresion de la libertad de imprenta fué el segundo acto de la *Commune*, pues en virtud de un acuerdo de 12 de agosto se suprimieron todos los periódicos realistas y se redujo á prision á sus redactores (3), despojándose al propio tiempo á los editores de



Jean-Paul Marat
Je ne vis en France que pour mon pays.

Marat. — Copia de un retrato original de Boza (abril de 1793)

todas las prensas y caracteres tipográficos, que fueron regalados á periodistas de su comunión.

De esta suerte, se confiscó á todos los que no eran jacobinos el derecho de manifestacion del pensamiento por medio de peticiones y de periódicos, y para acabarlos de matar, no faltaba sino que se les privara del derecho de sufragio. Esto sucedió cuando el Consejo general de la *Commune* declaró que los acuerdos propuestos por Robespierre en la seccion de las Picas fuesen la única ley válida para las elecciones (4), designando el club de los jacobinos como local electoral, exigiendo que los electores emitieran su voto pública y verbalmente, y sometiendo de antemano la validez de las elecciones á las secciones, es decir, á los jacobinos.

Mas impresion que todas las medidas de esta clase hizo en

el ánimo de los electores la intimidacion que se ejercia en la Francia entera. El manifiesto del duque de Brunswick solo habia declarado la guerra á los jacobinos, ofreciendo paz y amistad á los que no lo eran. Esto llevó consigo como consecuencia, allí donde los jacobinos eran omnipotentes, que ellos pasaran por los únicos patriotas, siendo todos los demás considerados por lo menos como traidores posibles y pudiendo, por tanto, acusarse de complicidad con los enemigos del país á los que se mostraban contrarios á aquel partido. El peligro que amenazaba á la patria por parte de los prusianos en la Champaña y de los traidores en el interior, permitió á Danton y á Marat, á dantonistas y á maratistas, justificar los asesinatos de las prisiones y les hizo conseguir, por lo menos en Paris, todo cuanto quisieron en punto á elecciones para la Convencion.

En la tarde del 2 de setiembre, y en los momentos mismos en que las campanas tocaban á rebato y los marseleses comenzaban en la Abadía su obra sangrienta, reuniéronse los electores de Paris en el salon del palacio arzobispal para

(1) Véase mas arriba.

(2) *Hist. parl.*, XVII, pág. 49.

(3) *Hist. parl.*, pág. 51. Véase Mortimer-Ternaux, III, págs. 4-5.

(4) Véase en Mortimer-Ternaux, IV, págs. 35-36, el acta firmada por Huguenin como presidente y Tallien como «secretario-escrIBano.»

celebrar su primera sesión. Al día siguiente, y pasando por encima de los montones de cadáveres de la Conserjería y del Chatelet, se dirigieron al club de los jacobinos, donde, a propuesta de Robespierre, se acordó desde luego excluir de la reunión a todos aquellos que hubiesen pertenecido a una asociación anti patriótica ó que hubiesen firmado una de las dos peticiones (una de 8,000 firmas, contra el decreto de Servan, y la otra, de 20,000, contra los sucesos del 20 de junio). En seguida, sin debate alguno, se pasó á llamar por sus nombres á los 900 electores. Estos nada dejaron que desear en punto á sumisión: en 4 de setiembre eligieron por aclamación á Collot d'Herbois y á Robespierre, aquel como presidente y este como vice-presidente, y á Marat, Santerre y Carra como secretarios. El día 5 fueron elegidos delegados Robespierre, Danton, Collot d'Herbois, Manuel y Billaud-Varennes, á los cuales siguieron Camilo Desmoulins, Marat, Fabre d'Englantine, Legendre, Panis, Sergent y el pintor David. Con estos se había agotado el número de personas que gozaban de renombre; á los nombres de Laiguelot, Lavicomterie, Robert y Freron, en pro de los cuales no militaba mas razón que la de estar incondicionalmente subordinados á Robespierre, se agregó el de un hombre á quien nadie de París ni de fuera de París conocía, porque había permanecido siempre oculto en Arras: tal era el hermano menor de Robespierre. Por último, también fué elegido el duque de Orleans, despues de haber trocado á instancias de sus amigos jacobinos el nombre de su familia por el de Igualdad, nombre que quería deshonrar como antes había deshonrado el de su casa (1).

Fuera de París las elecciones fueron tan poco anarquistas que los girondinos pudieron considerarlas y las consideraron realmente como una protesta contra los asesinatos de setiembre. La Convención no tomó por unanimidad y sin discusión mas que un acuerdo, que fué aquel en virtud del cual declaró, en su primera sesión (21 de setiembre), «que quedaba abolida la monarquía.» Inmediatamente comenzó una lucha tan empeñada como inútil entre la Convención y los asesinos de setiembre y la *Commune* de París.

Con las palabras: «Ya es tiempo de levantar el cadalso para los asesinos y sus instigadores y de vengar los derechos del hombre, vulnerados por cuanto en Francia acontece,» inició Kersaint, en 24 de setiembre, el ataque contra los «dictadores,» contra los «triunviros» de los asesinatos; y el furor, durante tanto tiempo contenido, estalló el día 25 con tal fuerza, que los mismos Danton y Robespierre se intimidaron, y no se atrevieron, como era costumbre entre los demagogos, á contestar á las acusaciones con otras acusaciones ni á confesar lo que habían hecho ó apoyado, y aun el primero echó la culpa de todo á Marat. Únicamente este opuso resistencia á la tempestad: en efecto, pidió la palabra para acusarse á sí mismo, y habiéndole sido concedida, formuló ante la enfurecida asamblea la siguiente confesión: «Todas las acusaciones que se han querido lanzar contra los delegados de París las tomo sobre mí, pero sobre mí solo, pues Danton, Robespierre y todos los demás han rechazado constantemente la idea de una dictadura y de un triunvirato. Si es un crimen haber lanzado al público esta idea, soy un criminal y llamo sobre mi cabeza la venganza de la nación; pero antes de que caiga sobre mí la espada ó la vergüenza, oidme á lo menos. Cuando ví la patria al borde del abismo, ¿me tachareis de criminal porque arrojé sobre la cabeza de los culpables el hacha de los vengadores del pueblo? No: aun cuando os atrevierais á ello, el pueblo os desmentiría, pues dando oídos á mi voz ha comprendido que el

(1) Mortimer-Ternaux, IV, págs. 38-49.

medio que yo le propuse era el único que podía salvarle y se ha desembarazado de los traidores aun á costa de arrojarse en brazos de un dictador (2).»

El resultado de aquel discurso, como el de todos los otros que desde entonces diariamente pronunció, fué que no se produjera y menos se acordara una acusación formal contra los asesinos de setiembre; que la *Commune* de París ni diera cuenta de sus robos y saqueos, ni abandonara su puesto, y que todas las medidas que con gran estrépito acordaba la Gironda fueran enterradas en las comisiones y quedaran reducidas á la nada. No podía ser otra cosa, porque la Gironda, cuyos distinguidos oradores tenían siempre de su parte una considerable mayoría de la Asamblea, no comprendía que el gobierno ilegítimo al cual combatía de palabra y con simples proposiciones solo podía ser destruido poniendo en frente de él un gobierno constitucional procedente de su propio seno y prescindiendo del temor de que fuese también llamado «dictadura.» Pero los girondinos no solo no hicieron tentativa alguna para constituir un gobierno suyo sino que, con necedad sin ejemplo, se impusieron á sí mismos la prohibición de hacerlo.

En 27 de octubre decía Gensonné: «Es preciso reducir á la nada las difamaciones de aquellos hombres que solo fingen servir al pueblo para engañarle, que no pueden respirar más que entre proscripciones y asesinatos, hombres que están en acecho para caer sobre la obra constitucional, que es el objeto de la Convención, para propagar el desorden, elevar la anarquía á sistema y preparar la destrucción de todas las partes de la república y la inevitable resurrección del despotismo. ¡Pensad que la Europa os contempla! En todas partes dicen los déspotas que la supresión de la monarquía en Francia es obra de un puñado de conjurados que quieren repartirse su botín. ¡Perfectamente! Contestemos á esto, acordemos que ningún individuo de la Convención pueda aceptar ni desempeñar cargo alguno antes de que hayan transcurrido seis años á contar desde que se publique la nueva Constitución (3).»

«¡Sí, sí!» exclamó la Asamblea poniéndose de pié y elevando la proposición á decreto.

La Francia estaba gobernada por bandidos: sus cómplices en la Asamblea, que apenas serían cincuenta en número, no se habrían atrevido á proponer la exclusión de los nobles patriotas respecto de los cargos de gobierno; de manera que fué para ellos una gran victoria el hecho de que estos mismos lo propusieran, hecho que saludaron con atronadores aplausos. Cuando algunos individuos de la mayoría manifestaron en alta voz sus temores por esta precipitación funesta (4), el partido de la Montaña los hizo callar citando el ejemplo de Licurgo y de Solon, seguido ya por Robespierre. Al proponer Camus que la exclusión se limitara á determinados empleos, exclamó el ex-capuchino Chabot: «Me opongo á esa distinción; al poder, no al dinero, hemos de renunciar.» La Asamblea mantuvo su acuerdo.

Al día siguiente, cuando se leyó el acta, Rewbell insistió sobre el particular, pidiendo la derogación de un decreto «que había sido arrancado al entusiasmo de la virtud.» «Se os quiere, dijo, precipitar en un abismo; se ha tendido un lazo á vuestro desinterés.» Y á pesar del descontento de la Asamblea, conservó con gran valor la palabra para decir: «Quieren dejaros á un lado porque amais el orden; quieren dividirlos y aniquilarlos. Tened valor para vencer un falso pudor; derogad el decreto y aplazad la proposición para

(2) Mortimer-Ternaux, IV, pág. 94. Véase Bougeart, II, pág. 126.

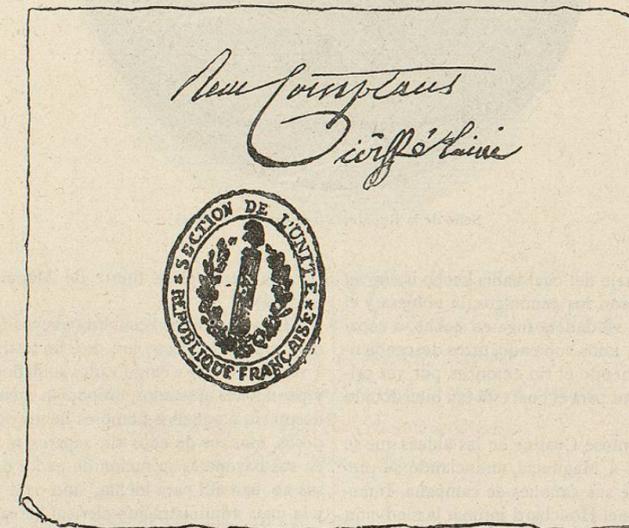
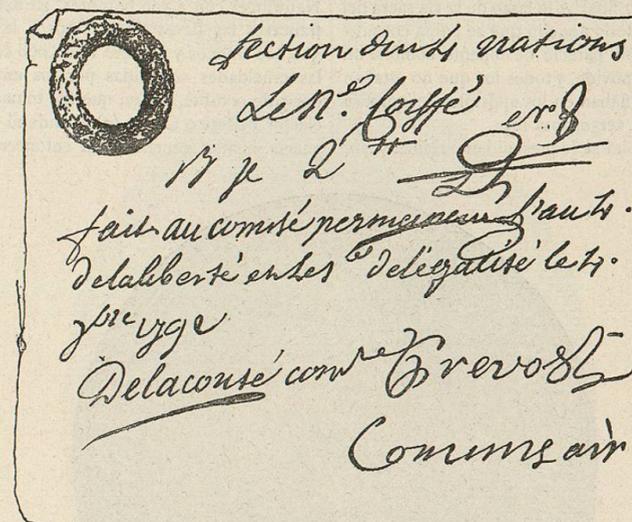
(3) Mortimer-Ternaux, IV, pág. 288.

(4) Véase mas arriba.

cuando se discute la Constitución (1).» Pero no consiguió este aplazamiento. Juan Debry y Camilo Desmoulins contestaron al que proponía aquella contradicción con los conocidos lugares comunes. El acuerdo quedó subsistente y los girondinos se vieron reducidos á ser un grupo de buenos

oradores, al cual la ley prohibía arrancar el cetro á la dictadura de los ladrones y de los asesinos.

Los primeros pasos de la República en el interior fueron sumamente desgraciados; en cambio en el exterior sus armas conquistaban una victoria tras otra.



Facsimile de las dos caras del recibo librado por uno de los verdugos que tomaron parte en las matanzas de setiembre

Con un cuerpo de ejército de 18,000 hombres, cuyos trajes y armamentos eran tan abigarrados y poco militares como los de las tropas cantonales de 1757 (2), presentóse el gene-

(1) Mortimer-Ternaux, IV, págs. 289-291.

(2) *Los franceses en la corriente del Rin, 1793*, págs. 48-49. «El ejército francés ofrecía un aspecto sumamente cómico: que una tercera parte de la infantería vistiera de blanco y las otras dos terceras partes de azul, que estos dos colores estuvieran siempre mezclados sin orden, era lo de menos: lo chocante era que de los que debían vestir de azul el uno llevaba una levita, el otro un capote y algunos ni capote ni levita, sino que iban en mangas de camisa. En un principio, todos los batallones llevaban blusa y usaban el peor armamento que usar puede un

ral Custine, en 30 de setiembre de 1792, delante de Espira; hizo con su vanguardia retroceder á los 3,000 hombres del coronel de Maguncia, Winkelmann, hasta la ciudad y obligó á esta á rendirse, despues de una corta lucha en las calles (3). El resultado inmediato de esta primera victoria fueron 500,000 francos que el clero y el magistrado tuvieron que

soldado. Con esta gente hicieron los generales franceses su primera campaña y resistieron felizmente á las tropas mas valientes del mundo. De aquí puede deducirse el entusiasmo que animaba á los franceses por la libertad.»

(3) *Tableau historique*, II, pág. 153.